

Con el magistral François Vallaëys

Un filósofo que ríe

Jorge Eslava

Residió en el Perú casi dos décadas. Enseñó filosofía en la Pontificia Universidad Católica, prodigó su arte de cuentacuentos en numerosos escenarios y creó una valiosa escuela de discípulos. Nadie salía inmune del humor y de la sabiduría de sus espectáculos. Además, era inolvidable en el escenario: parecía un estilizado pájaro picudo, de negro plumaje y canto visionario. Dejó el país hace más de tres años, radica en Francia, prepara su tesis doctoral sobre los fundamentos éticos de la responsabilidad social y muchos peruanos no nos acostumbramos a su ausencia. Una visita relámpago me permitió encontrarlo una noche, muy tarde y fatigado, en el departamento de mi hermana. La madrugada del día siguiente viajaba al Cusco a presentar *Cuentoferencia*, su última creación. Compartimos unas infusiones con galletas de avena —preparadas por mi hermana cómplice—, lo bastante energéticas como para contestar algunas preguntas inapropiadas a aquella hora del sueño.

Empecemos con un brutal pensamiento de Bertolt Brecht: “Que nos den primero de comer, de la moral hablaremos después”. ¿Puede aplicarse al Perú?

Sí. Me gusta esa frase, sabiendo que comer es un asunto moral. Tal vez el primero, claro que no cualquier cosa ni a cualquier precio porque somos humanos. Cuando hablamos de la moral es porque la moral se fue. Y aquí vivimos una crisis grande.

Es por eso que necesitamos hablar de la moral. En ese sentido, ¿crees que el cuento es un instrumento que tiene como la filosofía un pensamiento articulado y una expresión verbal?

Sí. Yo diría que el cuento popular, paradójicamente, es todavía mucho más racional que la filosofía. La estructura del cuento popular es una especie de deducción matemática a partir de quién es el protagonista central, en qué situación está, con qué personajes va a desarrollarse la historia. Se organiza todo, no hay ningún elemento sobrante ni faltante. Yo diría que no conozco ningún discurso filosófi-

co que sea tan puramente racional como un cuento popular. Y a mí como filósofo me fascina la razón, por eso me fascina el cuento. Me viene siempre la metáfora de la piedra pulida: aquella historia narrada tantas veces que las malas ya se fueron y quedan las buenas, las que están perfectamente limadas en su estructura.

Es interesante lo que me dices, pues para los teóricos de la literatura es al revés: el cuento moderno es el que está ceñido a la perfección formal, mientras que el cuento popular puede soportar imperfecciones que van a ser corregidas por la voz y el histrionismo del narrador.

Si entendemos formal por refinamiento lingüístico, eso sí; pero la estructura narrativa del cuento popular es muchísimo más racional que el cuento moderno.

¿Crees que pueden entenderse de ese modo también las fábulas y las parábolas... como estructuras representativas de la conducta humana?



Ha debido ser así, pero yo tengo problemas con las fábulas y parábolas. Las encuentro cortas en imaginario, no me gusta mucho su carácter obvio y su moraleja tan cercana.

Digamos que es una ecuación matemática con un resultado previsible...

Sí. El cuento popular como cuento maravilloso te deja una mayor apertura de significados que carece la fábula. La fábula va de frente a la enseñanza y no te ofrece otra solución.

El cuento entonces es una esfera múltiple y sorprendente, como un cosmos que genera reflexión...

Una reflexión muy rica que pasa no solo del narrador al oyente, sino que penetra en el oyente a sus zonas imaginativa, intuitiva, reflexiva y racional. Y ese vaivén permanente donde la metáfora nutre la reflexión y la reflexión reubica permanentemente la metáfora; eso me parece fascinante.

¿Qué podría diferenciar tu vocación o tu fervor por contar cuentos del predicamento religioso?

Que yo no predico, sino que evoco. Es el cuento que está delante, no François Vallaëys y sus pequeñas ideas. El cuento es suficientemente rico en sentidos para ser plural en su interpretación. Además, como trabaja a nivel emocional, depende de la persona que

lo recibe, en qué estado está y qué necesita extraer.

El cuento tiene una dimensión terapéutica que escapa absolutamente del narrador... por eso yo presto mi voz para evocar. Si quisiera afirmar algo haría conferencias de filosofía.

¿Y qué ocurre con tu nuevo espectáculo presentado como "cuentoferencia"?

Ahora es más difícil contestar a tu pregunta, porque ahí va más hacia la expresión de mi visión de la realidad actual y de sus problemas... pero al mismo tiempo creo que el cuento provoca un bache de saber dentro de la conferencia y eso le impide cerrarse como una simple conferencia.

¿Es una argucia pedagógica...?

Así es. Yo no controlo del todo el paso de la pizarra al cuento y del cuento a la pizarra; eso a mí me tranquiliza porque no estoy camino a ser un predicador.

Otro riesgo de la *Cuentoferencia* es que antes los cuentos te perseguían y eras de algún modo presa de ellos; ahora has elegido un tema. ¿Esa elección te parece una opción ética en este momento de tu vida?

Sí, porque trato de explicar las urgencias de hoy a nivel mundial. Son tan crudas que ha-

blamos de comer primero —para volver a tu primera pregunta—, incluso de sobrevivir, que yo creo que ya no podemos escondernos únicamente tras del cuento. Obviamente un espectáculo de puros cuentos es gozoso, acogedor y divertido, pero yo tengo la gran angustia de saber si debemos todavía ser divertidos en este mundo, cuando creo que hay cosas muy urgentes que hacer.

¿Cómo has articulado en la *Cuentoferencia* tus intereses artísticos con esa preocupación de llamar la atención por lo urgente?

Es una cuestión muy personal porque mis dos partes —la filosófica y la narradora—, siempre han vivido con energías muy diferentes. Ahora he querido articular esas dos energías, por eso estoy feliz y de modo muy egoísta, porque es el primer espectáculo del cual no salgo absolutamente agotado. Como estoy haciendo filosofía —que es mi pan cotidiano— y cuento de modo no tan decidido como en otros espectáculos, salgo fresco, con ganas de seguir una hora más.

Esta vocación de contar cuentos sin desvincularse de la docencia debería iniciarse en la escuela. ¿No te parece?

¡Ah, sí! De hecho todas las organizaciones deberían reflexionar sobre los impactos de sus decisiones y actos. Sin embargo, creo que la institución más peligrosa para el siglo XXI es la universidad, que es el lugar donde

se forman los científicos. La universidad está en primer puesto para desarrollar la responsabilidad social, al igual que las empresas y obviamente los gobiernos, mucho antes que otras organizaciones, como puede ser un club de fútbol o un colegio.

No crees que sería otra la relación de los chicos con la literatura y con la palabra, incluso con el respeto a muchos temas, si en las facultades de Educación y en los pedagógicos se implantaran talleres de narración de cuentos para los profesores. Imagínate a niños de los primeros grados completamente encandilados por que la maestra les cuenta un cuento.

Genial. Es mi sueño. Es que yo no entiendo cómo uno puede dictar sin haber hecho teatro, narración de cuentos... no entiendo cómo puede uno enseñar sin tener la perfecta conciencia de que está siendo un *one-man show*, una *one-woman show*, delante de un público. Y que eso es bello, pero debe trabajarse. Yo he tenido tantos profesores aburridos que sin duda me decían cosas muy valiosas, pero lo decían tan mal que yo me olvidé de inmediato.

A mí me encanta el concepto que se sostiene en el profesor como un buen actor.

Para mí está clarísimo. La actuación aporta tanto a mis clases como los propios conocimientos.

Quisiera tocar un tema que para muchos puede ser banal: la presencia del maestro. ¿Qué puede hacerse para que el profesor entienda que encarna una figura y una voz frente a su auditorio?

Es muy difícil. Me hace pensar en un hermoso texto que dice que estamos todos en un río muy caudaloso y que cada uno quiere aferrarse a la orilla, pero más se aferra a la orilla y más golpea el agua. En realidad que lo que deberíamos hacer es soltarnos, no tener miedo a ser llevados por la corriente, juntarnos todos en medio y tenernos de la mano para no ahogarnos, hasta que el río se vaya calmando.

¿Crees que la docencia atraviesa una crisis a nivel mundial?

Sin duda. Lo que veo en Francia es que la educación está llegando a un nivel de fracaso enorme, ya no hay entendimiento entre los jóvenes y la propuesta escolar. Yo creo que todo es debido a que el profesor se aferra a un estado de cosas que ya desapareció, que es un estado en el cual el conocimiento era escaso y estaba colocado en la cabeza de los que sabían. Entonces los que no sabían te-

nían que ir a preguntar a los que sabían, para obtener un poco de su conocimiento. Ahora el conocimiento está en internet.

Que ellos investiguen, el papel de los profesores es otro...

Siempre digo a mis alumnos: la próxima semana vamos a ver tal tema, cualquiera de ustedes puede llegar a la clase más sabio que yo sobre el tema. Basta una buena revisión de todos los medios de comunicación al alcance y lo pueden hacer, ¿no? Desde luego, nuestro papel ya no debería de ser de informantes que infunden conocimiento esotérico, sino más bien un facilitador de dinámicas en base al conocimiento. Por eso la capacidad de apasionarse por su tema se vuelve central, porque es lo que vas a contagiar.

Una pregunta final. ¿Tú escribes cuentos?

No. Inventé dos cuentos en mi vida: "La gota de agua" y "La caca de vaca". Nunca los escribí, porque para mí está muy claro que el trabajo del cuento es un trabajo oral. No están escritos, pero están en CD, es mi versión y cualquiera que retome esos cuentos puede hacer su versión y que los haga vivir.